972.86040924
M79j

UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS AT URBANA-CHAMPAIGN

The person charging this material is responsible for its renewal or return to the library on or before the due date. The minimum fee for a lost item is **$125.00, $300.00** for bound journals.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University. *Please note: self-stick notes may result in torn pages and lift some inks.*

Renew via the Telephone Center at 217-333-8400, 846-262-1510 (toll-free) or circlib@uiuc.edu.
Renew online by choosing the **My Account** option at:
http://www.library.uiuc.edu/catalog/

MAY 1 5 2006

UNI
ILLIN
AT URB
BC

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/juanrafaelmoratr00jine

Carlos Jinesta

Juan Rafael Mora

Trabajo premiado en el concurso abierto
por la Secretaría de Educación Pública

San José de Costa Rica
Mayo de 1929

1929
Imprenta y Librería Alsina
(Sauter, Arias & Co.)

Carlos Jinesta

Juan Rafael Mora

Trabajo premiado en el concurso abierto
por la Secretaría de Educación Pública

San José de Costa Rica
Mayo de 1929

1929
Imprenta y Librería Alsina
(Sauter, Arias & Co.)

N.º 333

San José, 7 de marzo de 1929

El Presidente de la República

Considerando:

Que es deber de la Secretaría de Educación Pública contribuir a los homenajes que, en memoria del Benemérito don Juan Rafael Mora, han de verificarse con motivo de la inauguración del monumento que habrá de descubrirse el 1.º de mayo del presente año,

Acuerda:

Artículo 1.º La Secretaría de Educación Pública abre un concurso para premiar con la suma de quinientos colones la mejor biografía del Benemérito don Juan Rafael Mora, escrita especialmente para uso de las escuelas primarias.

Artículo 2.º Dicho certamen queda abierto desde esta fecha y cerrado el día 6 de abril entrante.

Artículo 3.º Los trabajos deberán ser enviados con seudónimo a la Secretaría de Educación, con una leyenda que diga: «Certamen para la biografía de don Juan Rafael Mora». En sobre aparte debe venir el equivalente del seudónimo.

Publíquese.

González Víquez

El Secretario de Estado
en el Despacho de Educación Pública,
Dobles Segreda

N.º 362

San José, 1.º de abril de 1929.

El Presidente de la República

Acuerda:

Nombrar a los señores Profesor don Justo A. Facio, don Ricardo Fernández Guardia y Licenciado don Alejandro Alvarado Quirós para integrar la Comisión que ha de conocer de los trabajos remitidos a esta Secretaría como ensayos de una biografía de don Juan Rafael Mora, con carácter escolar. Dichos trabajos obedecen al concurso establecido en acuerdo N.º 333 de 7 de marzo del presente año.

Publíquese.

González Víquez

El Secretario de Estado
en el Despacho de Educación Pública,
Dobles Segreda

972.86040924
M79j

DON JUAN RAFAEL MORA

(Del retrato al óleo que conservan sus descendientes)

Hagamos cada año un estudio parcial de nuestra existencia anterior, para enaltecer las buenas acciones de los que fueron; para condenar a los que perjuros faltaron a los deberes que impone el patriotismo, y para decir sin odio, antes bien en apacible lenguaje, las equivocaciones de buena fe padecidas. Que de ese modo se desarrollará en los futuros ciudadanos el interés por los asuntos que a todos atañen, la admiración cariñosa de quienes laboraron por el progreso, la emulación para obrar el bien en todas direcciones, y en general se arraigará y crecerá fecundo el amor a la Patria.

La Patria, que no es el terruño, sino algo más; que es la solidaridad de los que viven con los que ya duermen el eterno sueño y con los que vendrán después con sangre nuestra en las venas; que es la herencia de las virtudes y debilidades de la raza, con el anhelo de guardar en nuestros corazones, como en arca santa, el recuerdo de nuestros padres y abuelos y de las tradiciones y costumbres y glorias nacionales, para trasmitirlos a nuestra vez a los que han de sucedernos, en este incesante movimiento de renovación y evolución, primera y principal de las leyes que rigen el mundo y la naturaleza.

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ

La Historia

La historia no está sujeta a las mismas exigencias de forma que la poesía: tiene construcción más severa; la poesía hace su camino cantando, y si canta bien, poco importa que no llegue a donde va, o mejor dicho, si canta bien llegó ya a donde iba, porque su término verdadero es la belleza. La historia tiene otros propósitos: en la forma le está prohibido apartarse de una austera sencillez, siendo para ella único adorno lícito una elegante precisión; mas para ser arte basta que sepa dar la síntesis de la vida, ya a propósito de una individualidad, en un estudio biográfico como el de Macaulay acerca de Lord Bacon, ya se trate de las agonías de un imperio como en la obra histórica de Gibbon, que ha merecido de la crítica el nombre de la epopeya bizantina. En nuestro concepto, la vida y la naturaleza en general no pueden interpretarse sintéticamente sin que la belleza en algún modo aparezca; y si distinguimos en el sentido de realizar lo bello el arte de la poesía, es porque creemos que en lo bello hay grados, y que la poesía se propone, por devoción particular, el grado más alto de belleza con que la naturaleza puede revelarse.

ANTONIO ZAMBRANA

Juan Rafael Mora

Jóvenes, en la mañana de hoy, durante una media hora, vamos a conversar sobre la vida y obras del gran ciudadano que se llamó don Juan Rafael Mora. Procuraremos que el estudio resulte breve, haciendo resaltar en él los hechos más sobresalientes por los cuales merece gratitud y admiración de los costarricenses, sin abusar de fechas que llenan de aridez lo que debe ser amable y atrayente, y empleando en lo posible un lenguaje claro y sencillo, para que la comprensión sea cabal. Demás está decir que en esta plática, de manera preferente, mencionaremos los aspectos útiles de la vida del patricio, con el objeto de no enzarzarnos en problemas meramente políticos. Se trata,—y este es propósito fervoroso,—de despertar en el corazón de ustedes, un sentimiento admirativo hacia el ilustre prócer que luchó desinteresadamente por el bienestar de Costa Rica y contribuyó a su progreso y grandeza.

Estamos obligados a conocer a los fundadores de nuestra República, que nos brindaron la libertad de que disfrutamos, a fuerza de sacrificios algunas veces, pensando en el porvenir de las venideras generaciones, que al presente vuelven los ojos al pasado, y honran las glorias de nuestra pequeña historia El acuerdo número 333 de 7 de marzo del año en curso, invita a las gentes de letras para que escriban la biografía del Benemérito don Juan Rafael Mora, con motivo

de la inauguración del monumento que habrá de descubrirse el 1.º de mayo entrante, y sería de provecho que concurrieran ustedes a ese festival, con detallados informes de esa muy luminosa vida.

Antes de referirnos a la magna obra de Mora, vamos a precisar noticias de la niñez, adolescencia y juventud del ilustre ciudadano objeto de nuestras palabras.

El prócer nació en Villa Nueva, hoy la ciudad de San José, el 8 de febrero de 1814. Casi enfrente del edificio comercial «La Alhambra», está situada una casa de dos pisos, blanca, de construcción sencilla, que es la morada en que vino al mundo don Juan Rafael. Fija en la pared que da a la calle, hay una placa en donde se lee: «Al Libertador. Aquí nació el Benemérito de la Patria don Juan Rafael Mora. La juventud de Costa Rica le consagra este homenaje». Sus padres fueron don Camilo Mora y doña Ana Benita Porras, ambos pertenecientes a familias principales, por virtudes y riqueza. Dionisio Mora y doña Luz de Alvarado, eran los padres de don Camilo, y don José Antonio Porras y doña Josefa Ulloa, padres de doña Ana Benita, de reconocida honorabilidad. Este pequeño árbol genealógico, que arranca de los abuelos de don Juan Rafael, da idea de las sanas savias de la herencia, que determinaron las normas de su conducta y le brindaron nociones de bien que aún perduran. Al niño Mora lo bautizó el presbítero José María Esquivel. Fueron padrinos don Rafael Gallegos y doña Teresa Ramó. En varias ocasiones, Gallegos le sirvió de protector y consejero. Sus biógrafos afirman que el niño Mora, serio por temperamento, era amoroso en extremo con sus padres y fino con sus hermanitos. Don Adán Montesdeoca refiere que la suavidad de su trato le ganaba todas las voluntades, y por la manera de discurrir manifestaba poseer una inteligencia despierta que al rodar de los años sería de provecho a la sociedad y al país. Y las esperanzas no fueron defraudadas. Los estudios de primeras letras los hizo en la provincia natal;

fueron modestos si se mira lo rudimentario y deficiente de la enseñanza de aquel buen tiempo viejo. Mora no ingresó en las universidades ni tampoco obtuvo diplomas académicos. Sin embargo, tenía talento claro y asombrosa penetración. Bastante culto, y afable por naturaleza, el aprecio logrado poco a poco, le daba acceso al círculo de personas serias, duchas en negocios. Como su padre, se dedicó al comercio, desde los dieciseis años, demostrando en tales labores entendimiento vigoroso y suma honradez. El trabajo le ofreció oportunidades para imponerse disciplinas y conocer problemas que se resuelven con buen éxito a fuerza de iniciativa y voluntad.

Un golpe doloroso, le anonada, inesperadamente. Muere don Camilo, cuando don Juan Rafael apenas alcanza los veintiún años, en horas de penuria para los suyos a consecuencia de malos negocios. Su familia atravesaba una estrecha situación económica. Los acreedores, con cierta intransigencia, exigían la cancelación de las deudas. El joven Mora, con actividad suma, ideó un arreglo, proponiendo a los acreedores se le otorgaran plazos para el pago total de las obligaciones contraídas. El asumió con satisfacción la responsabilidad del compromiso, ya que con sus propios recursos, ni con mucho, se podía cubrir el monto de los créditos. Don Rafael Gallegos, hombre de bien, para mayor garantía, extendió una fianza. Este rasgo, a tan temprana edad, inspirado en honores íntimos, dice bien alto del carácter y de la moral de don Juan Rafael. Tenía en ese entonces nueve hermanos; unos habían contraído matrimonio, otros estaban adolescentes; pero él tuvo confianza en sus fuerzas y capacidades. Y venció, al cabo. La suerte fué su aliada y premió sus exquisitos sentimientos. Fueron muchas las economías que impuso; no pocas las privaciones de su casa, aumentaron sus fatigas, la atención vigilante que estampó a sus negocios fué intensa. No sólo defendió los bienes poseídos, sino que cumplió con sus obligaciones, pagando religiosamente hasta el último peso.

Don Juan Rafael, el 7 de febrero de 1847, casó con

doña Inés Aguilar, en el esplendor de su juventud,—diecisiete años en flor,—hija de don Manuel Aguilar Chacón y doña Inés Coetto, de origen nicaragüense. Su mujer era una dama de corazón magnánimo. Le acompañó en la prosperidad y en la amargura, con igual solicitud. Alentaba siempre y consolaba a diario a su esposo bien amado. Conoció ella la opulencia y supo de las dentelladas del infortunio, ya en el destierro, ya en la soledad de la viudez. Practicaba la caridad con entusiasmo. Perdonaba el agravio, afirma la tradición. No se envaneció al compartir con su marido los honores y timbres del solio; en sus manos de reina de virtudes el cetro tuvo brillos beatíficos. El mando la enseñó a considerar sin jactancia lo fastuoso de los salones presidenciales y a tener el oído atento a las demandas del necesitado, allí donde se agitara un dolor. Su alma valerosa jamás desmayó en la adversidad, hasta la hora de la muerte, acaecida el 20 de noviembre de 1895, en San José. El carácter de doña Inés en todas las situaciones de la vida se reveló como un diamante, que no se quiebra ni se raya, dijo Alvarado Quirós al dedicarle a esta gran señora un medallón, con su suave pluma, que por lo fina es un tallo de trigo.

Tenemos a nuestra vista un retrato de la esposa de don Juan Rafael, y al contemplar su semblante, adivinamos la luz de bondad que anidó en unos ojos que miran con franqueza, hechos a las cumbres, bajo el ancho alabastro de su frente!

Don Juan Rafael fué esposo modelo, afectuoso padre. En sus cartas se transparenta a cada rato ese cariño. Para doña Inés y sus hijos están vivos sus pensamientos.

He visto—escribía el patricio a las once de la noche del 10 de setiembre, al partir para la revolución de Puntarenas—a mis hijitos dormidos y me destroza el corazón la idea de que puedan quedar desamparados.

En ese hogar nacieron cuatro mujeres y tres varones, que atesoraron lo bueno y resplandeciente de sus padres.

Don Juan Rafael emprendió trabajos en la agricultura y puso en ella sus mejores empeños y todos sus entusiasmos. Al oeste de San José era dueño de una hacienda que le produjo alrededor de cinco mil quintales de café, allá por el año de 1848. Asociado con Vicente Aguilar, en grandes cantidades exportaba ese fruto todos los veranos. No se daba punto de reposo el caballero luchador. Promovía campañas para ameritar los artículos que da nuestra tierra. Extendía la mano al que empezaba una faena de positiva independencia, ayudaba sin interés, haciendo desaparecer congojas económicas. Este ciudadano probo, templando su espíritu en las pruebas y durezas, de sana vida privada, amplio con sus amigos y llano en el trato, iba rodeándose de estima, por dondequiera. «Poseía la fe, la vida interna», escribió el periodista francés Félix Belly, en 1858. De esto se infiere que trascendía, por sus actos constructivos, la religión que practicaba.

Por renuncia que se vió obligado a presentar el Vicepresidente don José María Alfaro, después de los sucesos de octubre de 1847, recayó en Mora la elección para tal cargo, el 13 de noviembre del mismo año. Alcanzaba los treinta y tres años. Ejercía Mora el poder, por hallarse ausente de la capital el primer magistrado, cuando estalló en Alajuela una revuelta para derrocar el gobierno constituido, capitaneada por don Juan Alfaro Ruiz, don Benito Rojas y don Pedro Saborío. Mora destacó una fuerza de doscientos hombres sobre Alajuela, y al siguiente día la ciudad fué ocupada, después de haber desalojado al enemigo de sus posiciones en Río Segundo, El Arroyo, Los Molinos y Las Ciruelas. Mora dispuso honras fúnebres a la memoria del coronel Simón Orozco, jefe de estado mayor de las tropas gobiernistas, que pereció en la lucha, puso bajo la protección del Estado a su hijo único Leonidas Orozco y pensionó a la viuda del coronel. En esta oportunidad Mora demostró entereza, capacidad y dotes de mando excepcionales. Ante sus conciudadanos, creció su personalidad. Sofocado el movimiento, el señor Mora entregó el mando al Presi-

dente de la República don José María Castro y continuó en sus ocupaciones habituales, contento de las intenciones que lo guiaron no menos que de su desprendimiento. Presentó su renuncia que fué admitida por el Congreso. El señor don Manuel José Carazo, repuso al dimitente.

En los meses de setiembre y octubre de 1849, se repitieron trastornos públicos en Heredia y Alajuela. Los habitantes estaban dominados por un brote levantisco. A fines de octubre del mismo año, el señor Carazo renunció la Vicepresidencia afectado quizá por tales agitaciones subversivas. El 16 de noviembre de 1849, es decir, pocos días después, el doctor Castro presentó su renuncia de Presidente de la República, mortificado por una campaña oposicionista que enderezaron contra él; encargóse del Poder Ejecutivo el señor don Miguel Mora. El día 26 de noviembre el Congreso nombró Vicepresidente de la República a don Juan Rafael Mora, caballero bienquisto, quien tomó posesión de su investidura con gran solemnidad, a fines de ese mes. La Asamblea lo nombró luego Presidente de la República, quedando electo para el cuatrienio que debía terminar el 8 de mayo de 1853. La Vicepresidencia correspondió a don Francisco María Oreamuno.

El señor Mora frisaba entonces en los treinta y seis años. Era de talla mediana; de hombros vigorosos; ancho pecho, revelador de energía y franqueza; frente despejada, gestadora de pensamientos austeros; ojos oscuros, de mirada penetrante; labios delgados; voz suave que se trocaba en sonora y enérgica en el comando. No usaba bigotes. Llevaba patillas que se unían a la barba rizada que enmarcaba su rostro. Físicamente se parecía a Cavour joven y tenía la iniciativa audaz y la actividad infatigable de éste, expresaba el cronista Belly. Severo en el traje de acuerdo con las costumbres patriarcales de antaño. Mora no trasnochaba. Sus comidas eran frugales. Gustaba del orden, de la sinceridad, del trabajo. Integro, no permitía peculados ni consumación de falsías. Un varón, en fin,

de pasta sana, grande en sus ideas y en sus actos. «Hombre enérgico e ilustrado», decía de él Thomas Francis Meagher. Sus arengas fueron siempre breves, sus proclamas conceptuosas. La escrita el 20 de noviembre de 1856 en que anuncia al pueblo los peligros del filibusterismo y la lanzada el 1.º de marzo de 1856 en que llama a las armas a los costarricenses, son admirables, por sus sacrosantas vehemencias.

Muy querido del pueblo; pero esto no obstante, tuvo adversarios políticos entre personas de calidad y encontró enemigos sistemáticos en el Congreso. Los triunfadores en los torneos electorales, por más aptos y honorables que sean, por lo general se hallan rodeados de malquerientes, y eso nos enseña a presenciar con calma el desarrollo de las pugnas partidaristas.

En 1852 disolvió Mora el Congreso, convocando en seguida a nuevas elecciones. Por decreto dado el 30 de enero, en la hacienda de Frankfort, en las Pavas, dispuso disolver ese Cuerpo, por las tendencias revolucionarias de los Representantes, quienes, lejos de ocuparse en los intereses del país, sólo tenían por objeto minar lentamente las instituciones sociales y promover un trastorno público que daría por resultado la desolación.

El Gobernante desterró, asimismo, al doctor Castro y a otros ciudadanos. Las últimas disposiciones tomadas por el Presidente son discutibles si nos trasladamos a la época y si consideramos las circunstancias. De todas maneras, resultan ahora improcedentes fallos o censuras, pues es dable echar en olvido ciertos errores humanos, si ponemos en la balanza de la justicia sus virtudes, sus gallardías y su acendrado patriotismo. Más adelante veremos si restados sus yerros al gran total de su vida, disminuye cosa de valor. Por el momento, los imperativos de la historia piden serenidad y trazos imparciales. El historiador González Víquez, comentando un caso igual consumado por don Jesús Jiménez, manifestó que a los mandatarios de la época lejana debemos pedirles que nos hayan dejado obras de sustancia, ejemplos de patriotismo y

lecciones de honradez, pero no exigirles que gobernaran con las ideas y con las aspiraciones de hoy.

A pesar de los actos de fuerza que acusen violencia e impremeditación, fué reelecto Mora para otro período presidencial, en 1853, con el beneplácito de una mayoría estimable. En este mismo año se decretó que los gastos de conservación de la carretera de Cartago a Puntarenas debían de hacerse por cuenta del tesoro público, según referencia del historiógrafo Fernández Guardia.

Las administraciones de Mora resultaron fecundas en bienes para la República. Don Juan Rafael nos independizó de Nicaragua en el campo eclesiástico al crear el Obispado en Costa Rica, con don Anselmo Llorente y La Fuente; en su gobierno quedó instalada la Facultad de Medicina, ciencias legales y políticas; el gobernante acrecentó el cultivo del cafeto que nos ha dado, al correr de los lustros, riqueza y prosperidad; fijó las bases de nuestros límites territoriales; se propuso proteger ampliamente el comercio; casas para el desvalido, se construyeron por su iniciativa; afirmó nuestras relaciones internacionales celebrando convenios con Inglaterra y Francia; dispuso hacer el dibujo del primer plano de la capital, por los señores Lallier y Colombel; proyectó el primer Museo Nacional; hizo efectiva la navegación a vapor que nos trajo señalados beneficios con la visita de laboriosos inmigrantes; edificó el palacio de los poderes públicos y la fábrica de licores; organizó el alumbrado; hermoseó la ciudad de San José. En sus administraciones se fundó el primer banco y la primera caja de ahorros; se perfeccionaron las leyes; se abolieron los diezmos, en 1858; se pensó en el primer ferrocarril; se otorgó a cada municipalidad provincial dos leguas de tierra y declaró obligatoria la educación en todas las clases de la sociedad; fué reconocida por España la Independencia de Costa Rica; se compuso la música de nuestro Himno; decretáronse numerosas medidas de bien general, y en suma, se realizaron trabajos que magnificaron y engrandecieron la nación.

*
* *

Intentamos hacer una reseña de las jornadas inmortales, de más relieve, de la Campaña Nacional, que están vinculadas, de manera indisoluble y sustancial, a la vida del biografiado, y que en tal emergencia realzó, magnificó su nombre, en América toda. El salvó a Costa Rica, salvó a Nicaragua, salvó a Centro América. El dilema era libertad o servidumbre. Guillermo Walker y sus hordas querían conducirnos al vasallaje, y Juan Rafael Mora, en gesto patriótico y decoroso, congregó a su pueblo,--el corazón en llamas!--para repeler al invasor. Detengámonos, pues, para recordar suscintamente los hechos esenciales de Santa Rosa, Rivas, La Virgen, El Castillo, ganados en lides santas, por nuestros abuelos que, al hombro el fusil de chispa, mal vestidos y peor comidos, venciendo los rigores de la intemperie y del insomnio, no desmayaron un momento, conquistando lauros para su frente y libertad para su terruño. No olvidemos que Walker era formidable enemigo, médico de talento, abogado ilustrado, sumamente audaz, sumamente ambicioso, cruel por cálculo. Sus tendencias esclavistas lo condujeron hacia conquistas absurdas, en nombre de una soberbia enfermiza que menospreciaba la raza latina y anhelaba sojuzgar y norteamericanizar a los centroamericanos. El aventurero de Nashville, de modales finos para seducir incautos, representó antaño un ideal imperialista, de actualidad palpitante, encarnado en un hombre codicioso. A Walker se le frustraron sus planes, debido al patriotismo de los costarricenses,—el honor vale más que la vida!,—aunados sin demora a la voz de don Juan Rafael Mora. Aquel yanqui de azules ojos que reflejaban su mala conciencia, de rostro ovalado que calcaba sus ideas obtusas, a los treinta y seis años, el 12 de setiembre de 1860, fué pasado por las armas en costas hondureñas, terminando sus demencias y extravíos.

Desde 1855 llegó Guillermo Walker a Nicaragua, consiguiendo dominarla, ayudado por el jefe liberal

Castellón. Alentado por ese fácil triunfo, con la colaboración de un mal centroamericano, pretendió formar con las cinco Repúblicas de Centro América un Estado esclavista, arrebatando libertades y desconociendo la propiedad de los terratenientes. Reunido el Congreso de Costa Rica, en sesiones extraordinarias, en febrero de 1856, dió poderes omnímodos a Mora para expulsar de la vecina república a los usurpadores. Se ordenó levantar un ejército de nueve mil hombres pero sólo tres mil pasaron la frontera, y un empréstito nacional de cien mil pesos. El primer objeto, al movilizar las tropas, fué asegurar el bienestar de Centro América, dijo don Juan Rafael Mora en carta enviada a su Agente Diplomático en Guatemala, en 1856. En su proclama memorable, el Presidente nuestro, escribió: «Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos . . . Paz, Justicia y Libertad para todos . . . Quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria . . . » La noche del 17 de marzo se supo en Liberia que nuestro territorio había sido hollado por los bucaneros. Confirmadas las noticias por el gobierno, se tomaron inmediatamente medidas de defensa. El general don José Joaquín Mora salió al encuentro del invasor. Con otros soldados, el general don José María Cañas quedó en Liberia. El coronel don Lorenzo Salazar marchó rumbo al Sapoá, el dieciocho, al frente de quinientos infantes y con lanceros liberianos a las órdenes del mayor don Julián Arias, y del capitán don Juan Estrada. El diecinueve del mismo mes, el general Mora salió con bravos muchachos josefinos en su mayoría, acompañado del teniente coronel don José María Gutiérrez, y se encontraron con Salazar en una revuelta del camino. Llevaban dos piezas de artillería al mando del capitán Mateo Marín. A las cuatro de la tarde estaban en el lugar llamado El Pelón. Reanudaron la marcha el día veinte llegando a los llanos de Santa Rosa al anochecer. El teniente don Macedonio Esquivel fué enviado a explorar la hacienda Santa Rosa, descubriendo en ella a los filibusteros. Las casas de ese

sitio se encontraban sobre una suave elevación, replegadas hacia una montañuela situada en el fondo y rodeadas por firmes corrales de piedras. Allí estaba el coronel Schléssinger con doscientos cincuenta aventureros. Se tomaron providencias y se bosquejó el plan de ataque. Salazar combatiría por el frente, Gutiérrez les cortaría la retirada por el flanco izquierdo, y la caballería, oculta en una hondonada, entraba en la acción cuando se aprestaran a la huída. Rompieron los fuegos. El combate era encarnizado. A prisa los bisoños soldados de Salazar, deseosos de conseguir un no tardado triunfo, cargaron a la bayoneta, metiéndose en los corrales, sobre los contrarios. Gutiérrez avanzó en cumplimiento de su deber lo mismo que el capitán Manuel Quirós, con dos piezas de artillería. A los nuestros los dominaba el ardor bélico. Colmado de entusiasmo, el coronel Gutiérrez, de estatura procerosa, en el asalto subió a un montículo, detrás de la casa, sin parar mientes en los peligros, y de súbito cayó atravesado por una lluvia de balas. Este valiente cumplía treinta y tres años. Quirós al lado de sus máquinas de guerra también había sucumbido, cuando gritaba a sus amigos: «Entren ustedes!». Los fugitivos, a la deshilada, se perdían presas del miedo, dejando a muchos de sus compañeros, exánimes en el campo. Entretanto, sobre los extranjeros disparaban las gentes de Salazar orgullosas de su gloria, alcanzada con virilidad, con derroche de heroísmo, en lances de arrojo, originado en el afecto entrañable a la tierruca soberana.

A causa de la derrota sufrida en Santa Rosa, Walker dispuso trasladar el grueso de sus tropas a Rivas. De allí se dirigió a León. El abandono de Rivas implicó para el yanqui un grave, gravísimo error. El 5 de abril se embarcó con su ejército, por el lago, para Granada. El 9, el Presidente Mora y sus tropas ocuparon la ciudad de Rivas. Al mando del Coronel don Santos Mora, un batallón de quinientos hombres se situó en el puerto de San Juan del Sur, y otro de igual número se posesionó del puerto de La Virgen,

en el lago de Granada, a las órdenes del teniente coronel don Juan Alfaro Ruiz. El general Cañas entró en Rivas, por la noche del diez, con algunos soldados. Sabedor Walker de este acontecimiento, resolvió marchar con presteza sobre Rivas, con quinientos rifleros. En las vecindades de Nandaime encontró al coronel cubano Machado, y sus doscientos nicaragüenses, que lo siguieron al punto. Los invasores apresaron a un individuo, hijo del país, cerca del río Gil González. Interrogado y amenazado con la muerte si no daba pormenores verídicos de las posiciones del ejército costarricense, el hombre suministró detalles a manta, y en recompensa, Walker lo mandó ahorcar. Aquí cabe algún versículo bíblico, abrasado de sabiduría eterna. Dolón, el troyano, anduvo mucho más afortunado en caso similar, al revelarle secretos, a cambio de la vida, al perspicaz Ulises, en el gran poema homérico, que es un incendio de almas. El jefe de los filibusteros, dueño de tan importantes informes, formuló un hábil plan de ataque, dando instrucciones al teniente coronel Sanders, al mayor Brewester, al coronel prusiano von Natzmer, al mayor O'Neal y a otros. Enterado Mora del avance del filibustero, envió una columna de cuatrocientos hombres para abatirlo, al mando del mayor don Clodomiro Escalante, con dirección a Potosí; pero el yanqui tomó camino a la izquierda primero, después a la derecha, zigzagueando por las afueras de la ciudad.

Se iba a sorprender al costarricense con la estrategia adoptada por el enemigo...; pero no se contaba con el coraje, el denuedo, el valor de nuestros labriegos invictos. A las once de la mañana, los más de los walkeristas estaban refugiados en el Mesón de Guerra, que ocupaba la manzana situada al oeste de la plaza. Bien parapetados los rifleros yanquis, llevaban ventaja sobre los nuestros. Se trabó el combate, y pasadas cuatro horas de brava pelea, los costarricences no pudieron desalojar a los bucaneros de aquella fortificación, que descargaban la fusilería, de continuo, por las claraboyas, en donde asomaban yerbas mustias. El ingenio de los «ticos» se puso a prueba, en tal

oportunidad, y se resolvió quemar el baluarte del adversario. En lo más rudo de la pelea, a las doce, el general Cañas, el 11 de abril, preguntó si había entre tanto valiente alguno que quisiera arriesgar la vida incendiando el Mesón para salvar a sus compatriotas, y un mulatito de Alajuela, de veinticinco años de edad, llamado Juan Santamaría, y por sobrenombre «El Erizo», acudió a ejecutar tamaña empresa, encargándoles no olvidarse de su madre. Así diciendo, empuñó una tea de lienzos empapados en aguarrás en el remate de una caña, y lo aplicó al alero del ángulo sudoeste del edificio. Tuvo el alajuelense la tea erguida en la mano derecha, le hirieron el brazo, y la pasó a la izquierda y la volvió a aplicar. Este humilde mestizo, tomó la antorcha incendiaria, y fué a prender fuego al Mesón, con audacia. Sobrevino una tempestad de llamas, y por último, el hundimiento de la mayor parte de la techumbre del Mesón. En ese épico trance cayó Santamaría con el pecho acribillado a balazos, en proeza brilladora. Y otra vez se decidió nuestra victoria, con el enardecimiento de soldados heroicos, y los pocos intrusos que quedaban en el edificio viéronse obligados a evacuarlo, siendo cargados a la bayoneta los que salían en fuga.

Aquella embestida triunfal la presenció don Juan Rafael Mora. Fué intenso el regocijo experimentado por él, porque quitaba una amenaza que gravitaba sobre el patrio hogar, y al abrigo de un cielo moteado de tintas de aurora, se mecía, en cuna invisible, el alma de la generación del porvenir.

Vinieron nuevos hechos memorables...; triunfaron nuestros antepasados a lo largo del río San Juan, tomando los vapores de Walker, en diciembre de 1856. Las falanjes costarricenses se adueñan de La Trinidad, en San Juan del Norte se apoderan de cuatro barcos que se hallan anclados en el puerto, ocupan el Castillo Viejo, entran al fuerte de San Carlos. Todos los tropiezos se vencen, a base de disciplina, de fe, de ingenio, y quedan consagrados, para ser repetidos en lo venidero, los nombres de don Joaquín Fernández,

don Jesús Alvarado, don Francisco Echandi, don Dionisio Jiménez y otras voluntades altivas.

El cólera atacó a nuestras tropas, en Rivas. Violentamente la epidemia invadió el país, a pesar de los esfuerzos y de la asidua atención del doctor Karl Hoffmann, cirujano mayor del ejército. Más de diez mil personas murieron atacadas de ese mal funesto, en un corto lapso. El Presidente Mora, con un dinamismo singular, multiplicó sus energías, y a la postre, terminada la epidemia del cólera, de nuevo hizo un llamamiento al patriotismo de los costarricenses para iniciar por segunda vez la guerra contra el invasor. Héroes de acero los nuestros, todavía no lo suficientemente loados por un Homero de nuestra raza!

Alcanzadas las victorias, se vitoreaba siempre a Juan Rafael Mora, quien, convencido del ardor y el coraje de los costarricenses, entró en la lucha, haciendo que sus proclamas consiguieran efectos presentáneos, y convertidas en vibración, fueran himno para hechizar el alma nacional.

*
* *

A principios de 1859, por tercera vez, fué Mora nombrado Presidente. Esto amoscó a sus malquerientes que comenzaron a infamarlo. Rápidamente prosperaron las hostilidades, sin treguas. La celebración de un contrato para el establecimiento de un banco nacional le atrajo al Presidente el odio de los ricos del país.

Así las cosas, al amanecer del 14 de agosto de 1859, en una conspiración fraguada por los coroneles don Lorenzo Salazar y don Máximo Blanco, fué desconocido Mora y proclamado Presidente provisional el doctor don José María Montealegre, hermano político de don Juan Rafael. Sin tardanza, disolvieron el congreso, derogaron los decretos sobre el banco nacional y convocaron una constituyente. En las elecciones, resultó electo el señor Montealegre para el período que debía inaugurarse el 8 de mayo de 1860.

Gentes de aristocracia, en resumen, se apoderaron del poder, con complacencia de los potentados. En seguida, para dormir tranquilos, decretaron el destierro del vencido. Le acusaban con ira y con la ingratitud le afrentaban. En viaje de ostracismo el exPresidente se dirigió a Norte América, donde permaneció algunas semanas. Le acompañaban don Crisanto Medina y don Manuel Argüello. En Nueva York los periódicos lo saludaron. Hospedado en el hotel «San Nicolás», el exgobernante fué objeto de marcadas atenciones. En esa fecha estaba en el vigor de sus facultades físicas y de sus talentos: «dotado de excelente salud y diligentes costumbres, activo de espíritu y de cuerpo, singularmente moderado en su modo de vivir.»

El deportado regresó a Centro América, fijando su residencia en El Salvador. En ese país se dedicó a las faenas agrícolas, por las que sentía vocación y cariño. Dispuso cultivar en grande escala el café e hizo extensas plantaciones de tabaco. Pero el destino le tenía señalado a Mora otros rumbos. Los adeptos de Costa Rica, llamaron al caudillo proscrito, repetidas veces, para que dirigiera un movimiento revolucionario, con el objeto de restablecer su gobierno desconocido en el año anterior. En febrero de 1860 se inició el primer levantamiento morista en el Guanacaste, y acabó en rechazo para los rebeldes. Apenas se había doblado esta página, a mediados de setiembre, surgió una insurrección en Esparza, y los rebeldes, capitaneados por don Ignacio Arancibia, se apoderaron de Puntarenas. Le escribían a Mora de la probabilidad del triunfo. El estaba tranquilo porque su conciencia no le acusaba de nada bochornoso. Manifestaba en carta a un su amigo: «Que Dios guíe mis pasos. Él, que conoce mis intenciones, que favorezca mi buena fe. Me aseguran que no se derramará ni una sola gota de sangre.» Venía, pues, al llamamiento de sus conciudadanos, sin idea de venganza y con inquietudes puras. El 15 de setiembre de 1860 llegó al Golfo de Nicoya el señor Mora en el barco «Guatemala». El mismo día desembarcó acom-

pañado de un grupo de revolucionarios: don José María Cañas, don José Joaquín Mora, don Manuel Argüello M., C. Montoya y cuatro sirvientes. No venían con él tropas ni tampoco extranjeros. La versión que circulaba con visos de veracidad, de que el Caudillo había llegado con extranjeros, está desautorizada del todo, y ella, vanamente pretendía justificar ante la posteridad el castigo tremendo que se le impuso a Mora. Con documentos copiosos, los historiadores están contestes sobre el hecho.

En Puntarenas lo aclamaron las multitudes, en el lleno de un vivo entusiasmo. Con la premura sospechada, el gobierno organizó un ejército al mando del general don Máximo Blanco. Comenzaron las peleas. El 28 de setiembre los gobiernistas, en asalto decisivo, derrotaron a los insurgentes, en la trinchera de la Angostura, quienes perdieron sus posiciones y se vieron obligados a una pronta retirada.

Don Juan Rafael Mora se encontraba refugiado en la casa del Cónsul de Inglaterra. Se ignoraba el lugar de refugio, y además de ser difícil descubrir al Caudillo, era inviolable el domicilio inglés. El Capitán Roger tenía preparado un excelente plan para evitar la ejecución del héroe, llevándolo en un bote, a media noche, lejos de las costas patrias. El esclarecido patriota preguntó por sus compañeros, y supo por don Francisco María Iglesias, a quien había escrito, que a trueque de su vida podían salvarse de la pena capital muchos de sus fieles amigos comprometidos en la insurrección. Iglesias le advertía: «Si Ud. se presenta o es descubierto, será ejecutado tres horas después; los demás se salvarán y tendrán gracia.» Mora, dispuesto al sacrificio, se entregó voluntariamente, sin titubeos, para conseguir la vida de sus hermanos y amigos, a pesar de las instancias de otros, y el 30 de setiembre de 1860, por sentencia de un Consejo de Guerra, fué ejecutado al amanecer en Puntarenas, cerca de un jobo. Minutos antes pidió a la soldadesca que no le pusiera venda en los ojos. «Una campana tocaba agonía desde la torre de madera del templo...»

Así terminó sus días el Benemérito, como leal, como valeroso; frente al mar dilatado cual sus noblezas, sobre la arena cálida como sus convicciones, bajo el azul infinito, no menos puro que su llameante patriotismo.

Ese día escribió una su última carta, dirigida a los señores don Miguel Mora, don José Antonio Chamorro y don Manuel Joaquín Gutiérrez. Entre algunos párrafos que es necesario conocer, entresacamos los siguientes: «No temo el lance,—refiriéndose a la sentencia—; que venga la muerte que es el término de las desgracias mundanas.» «Sólo me aterra recordar la suerte de mi Inesita e hijos desterrados de su país y huérfanos.» Y más adelante: «Jamás se mezclen en la política, y les ruego que aun a los que me sacrifican, los perdonen como yo los perdono.»

Estas líneas trazadas minutos antes de ser inmolado, revelan la amarga experiencia adquirida por Mora, y asimismo, al aconsejar que se apartaran de la política alevosa, es dulce su palabra, generosas sus miras, y perdona a sus verdugos, para terminar con un resplandor su vida, aspirando el aroma de las doctrinas del Evangelio.

En La Gioconda de Leonardo de Vinci, más que la sonrisa enigmática que perturba la mente interpretadora, está el camino que se ve en el fondo, que va aguzándose cuanto más se aleja, y que representa sin duda las preocupaciones de la existencia, y las penas que reporta, hasta perderse el camino por hilos estrechos como agujas, a causa de las miserias de los hombres.

Meses después de la desaparición de Mora, nació en El Salvador su hija Juanita. ¡Pobre madre y pobre criatura, heridas por lo silvestre del mundo!

Muerto el prócer, las promesas no fueron cumplidas del todo. Don José Joaquín Mora, don Manuel Argüello y algunos más, lograron libertad; pero no así el general don José María Cañas, gallardo y bizarro, que supo sonreir ante sus victimarios, con la serenidad de un sol; ni Arancibia, de lealtad reconocida. Cañas en sus postreros instantes demostró des-

precio por la vida, y risueño, dió bromas a los soldados encargados de ultimarlo. Días antes, este aguerrido militar, de pie en la trinchera, al ser dominados por las fuerzas gobiernistas, encendió con un cigarrillo la mecha y disparó el último cañonazo, a modo de estruendosa despedida.

Analizados los sucesos en que sucumbe don Juan Rafael Mora, se adquiere el convencimiento de que anduvieron los hombres de gobierno a caza de oportunidades para que desapareciera el Caudillo, porque temían su nueva exaltación a la suprema magistratura, precisamente los que le usurparon el poder.

Jóvenes: el Benemérito don Juan Rafael Mora, es acreedor a la gratitud nacional y a la admiración de los costarricenses. Con santo impulso, fué grande para velar por nuestra soberanía y redimirnos por siempre, y para morir fué caballero, ofrendando su sangre preciosa en aras de la amistad y de la hidalguía. Él nos entregó patria autónoma, y sus compatriotas, en horas de ofuscación, le dieron en pago, la muerte. No importa. Él es el símbolo de Costa Rica libre; pertenece ya a la eternidad de nuestra República, a la inmortalidad de nuestra historia, que lleva la miel de todas sus praderas a su tumba y la ilumina con la claridad de su espíritu, ¡oh jóvenes amigos!

***

En setiembre de 1914, se entregó al Director del Museo Nacional, para su debida conservación, el Decreto original artísticamente bordado y lujosamente encuadernado, puesto en manos del exPresidente Mora, por Comisión especial nombrada por el Gobierno de El Salvador, por el cual el Gobierno de aquel país le confiere el título de Benemérito de la Patria. También el Decreto original, impreso en seda, entregado al señor Mora, por el Gobierno de Costa Rica, presidido en esos días por el doctor don José María Castro, por el cual el congreso, con fecha 17 de julio de 1849,

declara útiles e importantes sus servicios al país y dignos de la gratitud pública. Otra donación se hizo al Museo, y fue un anteojo usado por Mora en la Guerra Nacional, el cual le regaló el capitán del vapor «Guatemala» en su primer arribo al puerto de Puntarenas. Reliquias éstas que es justo defender de la lima del tiempo, porque ellas son fuegos permanentes que mantienen vivo el supremo ideal de la Patria.

La gratitud, jóvenes amigos, hermosea las almas. Seamos gratos con nuestros benefactores.

Dichosamente, con transparente comprensión de las redentoras hazañas de Mora, empieza el país a gratificar, en la medida de sus posibilidades, los eximios servicios del Benemérito.

El 25 de mayo de 1883, fué erigido el Cantón de Mora, de la provincia de San José, llamado así en honor del gran exPresidente. El nombre de Moracia se le dió en lo antiguo a la provincia de Guanacaste para honrar al Benemérito señor Mora.

Por acuerdo número 46 de 25 de abril 1885, se acordó designar con el nombre de Mora uno de los vapores guardacostas en aguas del litoral del Atlántico. El mismo año fueron trasladados los restos del exPresidente, de Puntarenas al cementerio de esta capital. En 1895, se dispuso descubrir el Monumento Nacional, recordando a Mora y a otros de nuestros mayores que defendieron la independencia e integridad de esta tierra de sus encendidos amores.

En 1914, fecha del centenario del natalicio del exPresidente, se organizó un festival, y después de efectuar un desfile cívico precedido de las músicas militares, estudiantes y ciudadanos, rememoraron la Campaña del 56, reseñaron la epopeya, el poema homérico de nuestra libertad escrita con sangre, con pólvora, con virilidad y con gloria. Jóvenes distinguidos de la sociedad, uniformados de blanco, sombrero de pita con el ala doblada atrás, polainas de charol, bandera tricolor cruzada al pecho, montados en elegantes caballos, recorrieron las avenidas de San José, al toque de una marcha de clarines. Ese día se

inauguró el busto del Prócer erigido en el Cementerio, y se colocó en la casa de su nacimiento una lápida conmemorativa.

El 8 de setiembre de 1918, se erigió un monumento en Puntarenas, a la memoria de los generales Mora y Cañas con gran solemnidad. El presbítero Carmona dijo una misa de campaña, en medio de una concurrencia nutrida. Y en el punto denominado «El Jobo», nuestros oradores exaltaron la heroicidad de estos ilustres patriotas que diezmaron y desgarraron las guarniciones de los filibusteros.

En la primera administración del licenciado Jiménez Oreamuno, se puso el nombre de «Escuela Juan Rafael Mora», al antiguo Cuartel de Armas llamado el Principal. Pero... no indiquemos todos los homenajes posteriores, ya que la juventud contemporánea, ennobleciendo sus propias virtudes, trata de perpetuar el nombre de este esclarecido ciudadano, grabándolo no sólo en mármoles y bronces en donde se objetiva una preocupación hermosísima, sino en el alma que renueva y reaviva el recuerdo y la veneración hacia el repúblico, con el aura de sus estimaciones, con el rocío de sus anhelos, con la suave luz de las mañanas de su amor!

Proclamas

Proclama anunciando a los costarricenses los peligros del filibusterismo

COSTARRICENSES:

La paz, esa paz venturosa que unida a vuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto en nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada.

Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión Americana, no encontrando ya donde hoy están con qué saciar su voracidad, proyectan invadir a Costa Rica para buscar en nuestras esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia.

¿Necesitaré pintaros los terribles males que de aguardar fríamente tan bárbara invasión pueden resultaros?

No: vosotros los comprendéis; vosotros sabéis bien qué puede esperarse de esa horda de aventureros apóstatas de su patria; vosotros conocéis vuestro deber.

¡Alerta, pues, costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas, pero preparad vuestras armas.

Yo velo por vosotros; bien convencido de que en el instante del peligro, apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos os reuniréis en torno mío bajo nuestro libre pabellón nacional.

Aquí no encontrarán jamás los invasores, partido, espías ni traidores. ¡Ay del nacional o extranjero que intente seducir la inocencia, fomentar discordias o vendernos! Aquí no encontrarán más que hermanos, verdaderos hermanos, resueltos irrevocablemente a defender la patria como a la santa madre de todo. cuanto aman, y a exterminar hasta el último de sus enemigos

JUAN RAFAEL MORA

San José, noviembre 20 de 1855.

Proclama llamando a las armas al pueblo costarricense

Compatriotas:

¡A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa falange impía que la ha reducido á la más oprobiosa esclavitud. Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos.

Ellos os llaman, ellos os esperan para alzarse contra sus tiranos. Su causa es nuestra causa. Los que hoy los vilipendian, roban y asesinan, nos desafían audazmente e intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas. Corramos a romper las de nuestros hermanos y a exterminar hasta el último de sus verdugos.

No vamos a lidiar por un pedazo de tierra: no por adquirir efímeros poderes; no por alcanzar misérrimas conquistas, ni mucho menos por sacrílegos partidos. No, vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos de la más inícua tiranía: vamos a ayudarlos en la obra fecunda de su regeneración, vamos a decirles: Hermanos de Nicaragua, levantaos: aniquilad a vuestros opresores. Aquí venimos a pelear a vuestro lado por vuestra libertad, por vuestra patria. Unión, nicaragüenses, unión. Inmolad para siempre vuestros enconos; no más partidos, no más discordias fratricidas. Paz, justicia y libertad para todos. Guerra sólo a los filibusteros.

A la lid, pues, costarricenses. Yo marcho al frente del ejército nacional. Yo, que me regocijo al ver hoy vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamaros mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.

Vuestras madres, esposas, hermanos e hijos os animan. Sus patrióticas virtudes os harán invencibles. Al pelear por la salvación de vuestros hermanos, combatiremos también por ellos, por su honor, por su existencia, por nuestra patria idolatrada, y la independencia hispanoamericana.

Todos los leales hijos de Guatemala, El Salvador y Honduras, marchan sobre esa horda de bandidos. Nuestra causa es santa, el triunfo es seguro. Dios nos dará la victoria, y con ella la paz, la concordia, la libertad, y la unión de la gran familia centroamericana.

Juan Rafael Mora

San José, marzo 1.º de 1956.

Proclama con motivo de la toma de los vapores en el Río San Juan

Compatriotas:

La gran arteria del filibusterismo está dividida para siempre: la espada de Costa Rica la ha cortado.

En veinte días de campaña, a través de desiertos cuajados de víboras, de selvas espesísimas, de pantanos y de ciénagas detestables, de ríos caudalosos, nuestros soldados han marchado a paso de vencedores, apoderándose de La Trinidad, Castillo Viejo, fuerte de San Carlos, de los vapores y otras embarcaciones, diez cañones, tres obuses, quinientos rifles, multitud de espadas, revólveres y pertrechos de guerra, y de más de cien enemigos que hemos puesto en generosa libertad. Sobre el río de San Juan y del Gran Lago no iluminan los rayos del sol otra bandera que la costarricense.

Todo se ha conquistado sin un solo tiro, sin una gota de sangre, a fuerza de intrepidez y de sorpresa. ¿Y con qué contábamos? Troncos apenas escarbados o mal unidos con bejucos han sido nuestra flota para ir a tomar los vapores y fuertes enemigos; fusiles enmohecidos y que apenas podían dar fuego, por los continuos temporales sufridos, nuestras únicas armas; escasez de víveres y de todo en el primer momento; pero había el coraje, la abnegación, el patriotismo, la unión costarricense, la resolución de vencer o morir y la Providencia ha bendecido a nuestros soldados, llevándolos de victoria en victoria.

Dueños del río y del gran Lago, puestos en relación con nuestros aliados, reducido Walker a Rivas y sus alrededores, va a ser estrechado, atacado y abrasado, si es preciso, con los restos de la ciudad donde se encierra. He brindado el perdón a todos los que obcecadamente siguen su causa: si le abandonan, sabremos vencer y perdonar.

¿Pero habrá concluído todo? No, compatriotas: la obra empezada es menester terminarla, es forzoso que no quedemos expuestos a que un nuevo Walker vuelva a turbar nuestra paz batallando por esclavizarnos; es preciso que tantos obstáculos vencidos, tantos sacrificios hechos, no sean estériles, y para ello es indispensable continuarlos. Levantemos, pues, sobre el mismo río y con nuestras propias manos, un dique poderoso que contenga para hoy y para lo futuro ese torrente usurpador: nada

conseguiremos con adquirir una paz precaria. Conquistemos, pues, una paz sólida, duradera, honrosa y fecunda para Costa Rica, Nicaragua y los pueblos centroamericanos.

Costarricenses, cuento para todo con vosotros. Con vuestro apoyo y la protección divina, nada habrá que me haga retroceder. Bendigamos a la Providencia que nos ampara y, al grito de ¡Viva Costa Rica!, marchemos siempre unidos adelante, con fe y constancia en el porvenir.

Jefes y soldados:

Habéis cumplido dignamente vuestro deber para con la patria. Ella sabrá recompensaros. Dios premiará vuestros esfuerzos. Nada, nada os ha detenido. ¡Loor a vosotros!

La subordinación, el valor, la constancia y arrojo os han hecho admirar de propios y extraños.

Vuestros compatriotas os vitorean desde aquí, orgullosos de llamaros hermanos. Yo uno a ellos mis felicitaciones velando siempre por vosotros.

Continuad siempre unidos con ese tesón, con esas virtudes, y con ellas conquistaremos una paz duradera, gloriosa y fecunda para la Patria.

Juan Rafael Mora

San José, enero 11 de 1857.

Proclama anunciando la terminación de la guerra

Compatriotas:

La guerra ha concluido. La amada paz vuelve a nosotros con los vencedores del filibusterismo. Hemos lidiado largo tiempo por los más santos derechos con unión y constancia. Dios nos ha concedido la victoria.

Ya no hay filibusteros en Centro América. Los centenares que existen, inermes y rendidos, están bajo el sagrado de nuestra protección y clemencia.

Libre de sus fieros invasores, Nicaragua vuelve a quedar bajo la justa voluntad de sus hijos. ¡Que el Ser Supremo los inspire y una como hermanos! Hasta su completa reorganización, nuestros fieles aliados de Guatemala, San Salvador y Honduras permanecerán en el continente, mientras nuestras guarniciones custodian los vapores y fortalezas de la línea que se extiende desde las aguas del gran lago de Nicaragua, hasta la bahía de San Juan sobre el Atlántico.

Costa Rica no patrocinará jamás partidos fratricidas, usurpadores vandálicos. Exigirá garantías de paz, de integridad, de unión centroamericana; procurará que se extinga ese espíritu revolucionario que ha sido el mayor de nuestros enemigos; que se sostengan las autoridades legalmente constituidas y, en todo caso, cumplirá su deber nacional.

Permanezcamos armados, fortifiquémonos más y más, para avanzar con denuedo al porvenir.

Ya vuelven nuestros hermanos a sus familias, a sus pacíficos hogares que con tanto tesón han sabido defender.

Hijos de la capital, de Cartago, Heredia, Alajuela, Liberia y Puntarenas, de toda la República, regocijaos, reuníos a mí para recibirlos cual merecen. Cuento con vuestra generosidad, con vuestro civismo, con vuestros espontáneos donativos para pagar sin demora a esos valientes los sueldos que tan heroicamente han ganado. Preparemos todos nuestro tributo para socorrer las necesidades, para atenuar los padecimientos, para premiar las virtudes de esos nobles hijos de la Patria que todo lo han sacrificado en sus aras veneradas. Que nuestra fecunda unión no se altere jamás y que su ejemplo se imite siempre que sea preciso combatir por el honor y la independencia de Costa Rica.

Juan Rafael Mora

San José, 8 de mayo de 1857.

Discurso pronunciado por el benemérito General don Juan Rafael Mora en «La Garita» al regreso de las tropas

(Mayo 12 de 1857)

Soldados: vengo a recibiros con el orgullo y el amor con que un padre vuelve a ver a sus hijos vencedores.

Cien veces he querido marchar a vuestro lado, pero sagrados deberes para con la República y aun más para con vosotros, que sois su potente escudo, me han detenido.

Yo he velado sin cesar por vuestra suerte; he pensado, he soñado con vosotros; he padecido al figurarme vuestros padecimientos y peligros; me he colmado de júbilo con vuestras acciones y lleno de fe he esperado siempre el triunfo, contento con vuestra perseverancia y dignos caudillos, con la santidad de la causa centroamericana y la visible protección divina.

Sed bienvenidos a esta patria idolatrada que tanto os debe y que, yo os lo prometo, sabrá recompensar vuestros servicios. Volved al lado de vuestras caras familias, que os esperan con lágrimas de alegría, al lado del Jefe que os admira, a quien habéis sostenido para honor y salvación de Centro América, desde el triunfo ejemplar de Santa Rosa hasta conquistar en Rivas la última decisiva victoria.

Trocad el fusil por vuestro arado, pero conservadle siempre dispuesto para defender la ley, la concordia nacional, que es nuestra fuerza, y la patria centroamericana. Reconocimiento a nuestros dignos aliados y a los que desde aquí han cooperado a vuestro sostén. Perdón y hospitalidad generosa a los vencidos. Veneración sagrada a los mártires de nuestra libertad.

Abrazando a vuestro General os abrazo a todos con viva emoción y os repito:

Sed bienvenidos, hijos los más ilustres de Costa Rica, para ser perpetuamente, como hasta hoy, en paz y en guerra, ejemplo de honradez y patriotismo.

Del mismo autor:

El Gran Reformador, 1921.

Guía de Juntas de Educación, 1927.

Omar Dengo, 1928.

81715

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 045464754